

Romántico, Bolívar lo era por esencia y nunca dejó de serlo, pues estaba impregnado de aquella "superabundancia de vida" que sólo un instante pidió Chateaubriand a las libres y fértiles soledades del Nuevo Mundo. Los orígenes españoles, exaltados por el sol tropical, predisponían sin duda a Bolívar a ser, en este sentido, el más genuino representante de su época. Había cumplida asimilación entre ésta y él, en cuanto a sentimientos y en cuanto a lenguaje. Nadie sintió en más alto grado las tormentas, el orgullo, la vanagloria y las quimeras del romanticismo, y ninguno hizo mayor abuso de las prosopopeyas y de las grandilocuencias. Pero hay siempre belleza, fuerza y grandeza en su estilo, como las había en su conducta, y sus insaciadas ambiciones llevan todas el sello de la generosidad.

JULES MANCINI.

Este es un nuevo dios bíblico, dentro del que Jehová y el Cristo se agitan, confundiendo en uno a Moisés y a San Juan, al legislador que también guía un éxodo y al soñador que profetiza para los hombres el crepúsculo de otro Juicio Final. Bolívar es el dios Creador que concluyó transformándose en el dios Redentor; él es el dios que crea un mundo con su esfuerzo y lo redime con su sacrificio.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Ni Píndaro, ni Homero son tan grandes
 Se eterniza en su sien el mirto heleno
 y en vuestra frente el resplandor del trueno
 que fulmina el Olimpo de los Andes
 Ellos crearon héroes Vos, naciones
 Ellos pulsán la lira. Vuestra mano
 gira la clava de los semidioses
 Ellos infunden vida a sus creaciones
 con la palabra el idioma humano
 Vos, con la acción, la lengua de los dioses

FRANCISCO VILLAESPESA.

Pasó por la grandeza y la prosperidad, por el influjo y la omnipotencia, como el ave sobre la ciénaga: siempre puro. Perseguido por la calumnia, esa baba tóxica del odio, quedó límpido e intacto, como el diamante, que no puede ser rajado ni tallado más que por sus propios polvos o fragmentos; y, aunque saqueado en sangre, comparece, ante la historia y la posteridad, lavado en las linfas del ideal; porque, como el labrador que, con la reja del arado, descuaja tallos y flores para abrir el surco, sepultar la simiente y preparar la cosecha del mañana, así cuando se irguió sobre osamentas y sangrientos charcos, fué para sembrar la simiente sacra de la soberanía, exaltar la dignidad de los pueblos y extender sobre su cerviz el manto protector de la democracia.

GERMÁN LEGUÍA Y MARTINEZ.

Los hechos gloriosos que engrandecieron a la América del Sur bajo el estandarte de la libertad desplegado y llevado de triunfo en triunfo por Bolívar, correspon-

dieron a una época que puede llamarse del genio, en la cual las actividades humanas en el orden intelectual y moral, alcanzan el punto culminante de sus destinos, pareciendo como que la Naturaleza misma infundiese a los hombres la suprema voluntad que debe reformar el mundo.

Con efecto, no puede negarse que los siglos XVIII y XIX se destacan por su abundante aporte de valores a la vida de las naciones; en ellos, el romanticismo, como si presintiese la decadencia que le espera en el siglo XX ejerce su más alta influencia en la literatura, en la poesía, en la música, penetra en el santuario de las ciencias hasta entonces infranqueable y arrancándoles su antorcha ilumina con ella a los hombres, que se sienten luego impulsados por el espíritu de la época a la realización de las empresas más nobles y heroicas.

Es el final de un período de depresión moral que levanta cadalsos y enciende hogueras para extinguir en ellos los gritos de la razón; es el surgimiento de la conciencia que arrancando en la Revolución Francesa, se extiende al continente americano que decide romper para siempre las cadenas que lo atan al carro de los Imperios.

Los mismos anhelos que conmueven el corazón de Europa agitan el alma americana; tiemblan los cetros ante la palabra que proclama los derechos del hombre en la Francia democrática, y el indio y el siervo colonial sacuden el yugo del oprobio y se sienten libres y dueños de sus destinos, de este lado del Atlántico, al calor de la frase y al fulgor de la espada redentoras de Bolívar.

NAPOLÉON ARCE.

EL CONGRESO DE PANAMA

Por el DR. ALFONSO ROBLEDÓ, Miembro de la Academia Colombiana de Historia.

Día de Júbilo fué para Bolívar el 22 de Junio de 1826, cuando tras una preparación larga y penosa, reunióse en Panamá el Congreso de Plenipotenciarios que iba a poner las bases de la confederación americana. Esta realización de lo que había sido el sueño de su vida fué una ceja de luz en el horizonte lleno de sombras que tenía delante. Aunque mal comprendido su pensamiento, y no secundado por todos los Gobiernos, harto bien sabía el Libertador lo que aquel acto significaba para los futuros destinos del continente. Reunióse la gran asamblea en el lugar que él había indicado, en el Istmo, cuya situación geográfica él alabó con ardiente admiración y frases épicas. Allí los plenipotenciarios de Colombia y el Perú, México y Centro América; allí Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez; Manuel Lorenzo Vidaurre y Manuel Pérez de Tudela; José de Michelena y José Domínguez; Antonio Larrazábal y Pedro Molina. Con ellos, pero sólo como oyentes y consejeros, estaban Mr. Dawkins, representante inglés y el Coronel Vauvier, enviado por Holanda.

Puede uno imaginarse el gran respeto, la emoción profunda, de los que asistían a la primera sesión del congreso, cuando a las 11 de la mañana, comenzadas las tareas, el señor Vidaurre hubo de levantarse para quebrar el silencio de aquel recinto augusto con una oración llena de majestad, solemne como ese momento y pomposa como una selva andina: "Hoy el gran congreso americano," dice, "que debe ser un consejo en los grandes conflictos, un fiel intérprete de los tratados, un me-

gionalismos, las ambiciones de los caudillos y la política de bajo vuelo. Por temer la preponderancia de Colombia, negóse a ocurrir la Argentina; pretextando legalidad, Chile también se abstuvo. Otro ninguno habría podido remover esta general indiferencia por el Congreso de Panamá, a no ser Bolívar, para quien todo era posible.

La ilustre Asamblea no correspondió a las esperanzas que el Libertador había fincado en ella. Fué, dijo él mismo más tarde, "semejante al loco griego que pretendía desde una roca dirigir los buques que navegaban al rededor". A pesar de todo, los plenipotenciarios de las cuatro Repúblicas allí representadas, firmaron el 15 de Julio el Tratado de Unión, Liga y Confederación, que establecía como tribunal supremo en las disputas internacionales la Asamblea General de Plenipotenciarios. La doctrina internacional que en este gran documento se esboza acerca del arbitraje, de la mediación obligatoria y de la posesión jurisdiccional es, para los investigadores, de un valor inapreciable. Para justificar la reunión del Congreso de Panamá bastarían únicamente los trabajos hechos a fin de organizar los contingentes terrestres y marítimos en caso de invasión, y, asimismo, el sentimiento de humanidad que traspira aquel artículo, en que se condena enérgicamente el tráfico de esclavos, declarando a los perpetradores de este comercio infame, incurso en el crimen de piratería convencional.

Cien años han pasado, y todavía las instrucciones que llevó Don Joaquín Mosquera a Lima, en 1821, cuando iba en misión de propaganda para la Liga Anfictiónica, pueden ser, y deben ser, el programa de la obra panamericana en que hoy se trabaja con empeño. Para los días actuales parecen escritas estas proféticas palabras: "Es necesario que nuestra confederación sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero. Es indispensable usted encarezca incesantemente la necesidad que hay de poner desde ahora los cimientos de un Cuerpo Anfictiónico o Asamblea de Plenipotenciarios que dé impulsos a los intereses comunes de los Estados americanos, que dirima las discordias que puedan suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen las mismas costumbres y unas mismas habitudnes y, que por falta de una institución tan santa, pueden quizá encender las guerras funestas que han assolado otras regiones menos afortunadas."

Las dolorosas experiencias de los últimos años, no menos que el gran respeto que hoy inspiran los tratados públicos, hacen creer que en breve será una realidad nuestra Liga de Naciones. Acaso el presente Congreso de Panamá esté llamado a vivificar la idea grande, la sublime anticipación de Bolívar. En todo caso, las palabras copiadas son toda una orientación para el pensamiento panamericano. Es un error creer que el hispanoamericanismo y el panamericanismo pueden oponerse, cuando antes se armonizan y completan. La unión Panamericana no hará sólidos progresos sino cuando entre sí se hayan acercado y comprendido mejor las Repúblicas hispanas. Mejor definida hoy esta tendencia, es de esperarse que la gloriosa conmemoración de Junio ha de poner sello definitivo a la estrecha amistad de las Américas.

De igual modo que en la naturaleza, en el campo espiritual ningún esfuerzo es perdido. Como las palmeras, las grandes ideas se fecundan a distancia. Los esfuerzos de un hombre, inadvertidos o ineficaces hoy, otro hombre, más o menos tarde, los aprovecha y vivifica; el soldado que hoy cae deja una fuerza con la cual otro soldado se levantará mañana a continuar su obra. Un gran sembrador fué Bolívar. Diez años gastó cavando el surco de su confederación, diez años, porque el suelo era estéril y la tierra era dura. Iluminada su frente, muy abiertos los o-

jos, no hacía caso de los que, al pasar, le aconsejaban aprovecharse mejor las semillas que llevaba en la mano. Poco después de sembradas, borrose el surco y fué el olvido. Muchos años pasaron, casi un siglo, y otro sembrador, otro iluminado, advirtió que entre la maleza había algo extraño: eran flores de tal fragancia que podrían perfumar al mundo. El gran Wilson las mostró en su célebre "catorce puntos". Y cuando los pueblos le aplaudían, es fama que él devolvió noblemente parte de esos honores al sembrador de la primera hora.

El presente Congreso de Panamá estará constituido tal como lo quería Bolívar, esto es, con representación de los Estados Unidos y del Brasil. El mundo hará silencio para escuchar lo que diga esa América, que sólo es una, que tiene conciencia de su gran misión histórica, que posee savia suficiente para alimentar el árbol de una civilización desolada. Hónrese en esta asamblea a Bolívar y a Wilson, cumbres altísimas de dos razas que quieren aproximarse: al que anunció nuestra próxima Liga de Naciones, y al que fundó la que hoy presta sus servicios a Europa; al hijo y creador de la Gran Colombia, y a quien tuvo para Colombia, en un momento dado, palabras de valor impagable; a Wilson, el de los ideales generosos, y a Bolívar, el genio, el hacedor de pueblos, el de la grandeza atormentada, el que tuvo siempre una palabra, la última que en sus labios apagó la muerte ¡Unión!

"Pueden los imperios nacer —termina su inolvidable nota— subsistir o desaparecer: puedan los nombres extinguirse, borrarse en la memoria de los hombres, pero durante el tiempo que la santa causa de la libertad tenga defensores en el mundo, el nombre de Bolívar no será olvidado".

CONGRESO BOLIVARIANO

Por FRANCISCO SAMUDIO T.

Tomado de *La Voz de Oriente*, Panamá.

No pensó mal Emerson cuando sentó como aforismo la sentencia que colocamos a manera de epígrafe a presente editorial.

Emerson en el Norte y Bolívar en el Sur vivieron la misma época. Posiblemente Bolívar dió el Motivo y Emerson lo inmortalizó con sus elocuentes palabras.

Simón Bolívar, cuya memoria hoy, a través del tiempo, aparece más esplendorosa y más grande que nunca, fué un visionario que supo auscultar, en el seno tenebroso del futuro, los problemas que debían presentarse a las naciones latinoamericanas en las distintas épocas precedentes al momento en que vinieron a la vida de pueblos libres dentro del concierto de las naciones.

Padre amantísimo comprendió en las primeras lágrimas derramadas por sus hijas, la debilidad que caracterizaba su creación y de esa debilidad apreciada en la cuna de los países recién emancipados, vió el prohombre americano la necesidad en que estaban los pueblos que debían la vida al arrojo de su brazo, de unirse y formar una masa común, fuerte y poderosa que sirviera de muralla inexpugnable a los pueblos grandes que a manera de los hambreados, los amenazaban con las fauces abiertas.

El Congreso reunido en Panamá el día 22 de Junio de 1826 fue el primer paso dado en el sentido de la amalgama latinoamericana.

Aspiraciones perversas escondidas dentro las malezas de la diplomacia y de las intrigas políticas dieron al traste con la luminosa idea que Bolívar creyó el final de su obra gigante en América; quedó convertida en un acervo de proyectos y sin finalidad que solo tenían su valor histórico.

Pero la antorcha había sido encendida. Sus destellos por un momento iluminaron las mentalidades americanas, y en la conciencia de cada una de ellas vivió la idea de una manera subconsciente.

Hoy, después de cien años de sueño tranquilo, la idea que surgió en el cerebro de uno de los genios más grandes del Continente Americano, reaparece hermosa y lozana, en los momentos precisos en que América necesita que sus hombres unidos en un solo esfuerzo, movidos por un solo impulso guiados por un mismo sentimiento, emprendan una campaña americanista salvadora de nuestras instituciones, de nuestra lengua, de nuestras costumbres y, en fin, de nuestra vida de pueblos libres y hermanos.

Y es en Panamá, el centro de las comunicaciones del Orbe, donde en un día determinado y en una misma hora se alzará el grito potente y franco de la juventud de un continente. Esa juventud pensante y revolucionaria que, como el Gran General, barre ante su paso los viejos principios de tiranos en ciernes y extemporales, los dogmas que resultan contraproducentes para la libertad de los pueblos, las ideas que arrojan tras de sí el cono de su sombra como un manto de maldición y oscurantismo.

El 23 de Junio de 1926, se encontrarán en Panamá, no los políticos de antaño, sino las juventudes americanas amantes del trabajo por el trabajo mismo y del estudio que son las fuentes únicas que han de dar vida y fijesa a la cultura y progreso de América.

En ese Congreso, que será el más brillante que registrarán los fastos de la Historia de los pueblos americanos, no se discutirá ahora "el número de tropas conque cada Estado concurrente concurrirá a la defensa común", sino la fundación de la futura Universidad Pana Americana Bolivariana, que será una legión de combatientes, pero no de soldados que esgrimirán sus armas criminales contra el arma del hermano, sino que esgrimirán sus armas que son las ideas, contra las ideas que quiera presentarle el género humano. Se encontrarán en ese campo de Minerva las ideas contra las ideas, y de su choque saldrá la chispa del progreso y del bienestar que soñó Bolívar.

En ese Congreso no se señalarán medidas para fomentar el odio de pueblo a pueblo sino la creación de una unidad que será lazo de unión intelectual y espiritual entre los hijos de América, porque como dijo Pérez Triana, el odio es una incapacidad de los pueblos para ser grandes y una inhabilidad en los hombres para ser libres.

Allí no se trata de encontrar la "forma de hacer los envíos de las fuerzas auxiliares" para la defensa común, sino que se acordará la organización de la Oficina Central de bibliografía y de uniformidad científica y literaria, que en lugar de coadyubar al exterminio de los hijos de América será a manera de una intrincada red nerviosa, que atravesará las regiones latinoamericanas llevándoles las vibraciones últimas del adelanto y vida de los pueblos hermanos.

Allí no se acordará ningún contingente que vaya contra el hombre, sino que se creará un Instituto Gorgas que irá a tenderle el brazo proteccionista al hombre.

Muchos otros puntos serán discutidos y a muchas grandes conclusiones se llegará el día 22 de junio de 1926.

La trascendencia internacional del Congreso Bolivariano, será inmensa y América Hispana, hoy por hoy, debe sentirse orgullosa y feliz, porque a ella y por ella deberá el mundo si no toda la paz y progreso, que serán como derivaciones de las discusiones entre los representantes de la intelectualidad americana reunida ahí al conjuro de la Patria común en peligro, al menos una gran parte de ellos.

Panamá, esa "patria tan pequeña que cabe toda entera dentro del corazón", debe sentirse plétórica de entusiasmo y regocijo porque ayer como hoy y hoy como mañana, será el punto donde se fusionan las razas, las lenguas, las religiones y las costumbres, no sólo de América sino del mundo entero. Debe sentirse feliz, porque como dijo nuestro gran hombre público, Dr. Octavio Méndez Pereira, Panamá por ser el centro del Universo, es el lugar más apropiado para que en él se abracen y compenetren las razas que pueblan nuestro continente y para que de él partan y se difundan así, por todos los ámbitos del mundo, las nuevas ideas y los nuevos ideales de redención.

EL CONGRESO BOLIVARIANO

Por C. ARROCHA GRAELL

La celebración de un Congreso Panamericano en nuestro país, para conmemorar el Primer Centenario de la Augusta Asamblea que el Genio de Bolívar hizo posible en nuestra Capital en 1826, la imponían a nuestro Gobierno como un deber indeclinable y honroso, más que la deuda enorme de gratitud que contrajimos con el Libertador, los imperativos mandatos de nuestra civilización, las exigencias de los altos intereses intelectuales, morales y económicos de América que deben marchar hacia la realización de sus gloriosos destinos inspirados siempre en los nobles y generosos ideales del Libertador.

Tal Congreso, hoy que el mundo busca en las virtualidades de esa concepción ideal una nueva orientación del Derecho y Constitución de los pueblos, será más que una nueva exaltación del héroe epónimo de la Independencia Americana, la consagración definitiva de su videncia perfecta del futuro, que le hará en el decurso de los siglos aparecer como gestor de nuestras civilizaciones.

Su ideal, aquel que le hacía ver con los ojos del espíritu a todos los pueblos de la tierra, dándose cita en nuestro Istmo, cual lo hacían los helenos en el de Corinto, para "tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra" y constituir aquí un Congreso que serviría "de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, y de fiel intérprete en los Tratados Públicos, caso de ocurrir alguna duda, y de conciliador en las diferencias que surgieran", si bien en nuestros días intenta realizarlo la Liga de Naciones de Europa, no es utópico pensar que él tendrá varifcativo en nuestra tierra, cual lo concebía su autor, en época no lejana, cuando su ideario, que hoy plasma la civilización de América, dé a estos pueblos cabal concepto de sus intereses, de su integridad y del puesto que les concierne en los destinos de la cultura humana.

Panamá, recibiendo en su seno a los representantes de los países hermanos de este hemisferio y a los demás invitados observadores, aunque sólo sea para conme-

morar el Congreso de 1826, como un hecho histórico inicial de una época, reanuda, tras el paréntesis de un siglo derrochado por el olvido del ideal Bolivariano, el pensamiento del héroe y si por circunstancias contingentes del momento, no vienen esos pueblos a firmar ya los Pactos de Unión que reclama la conciencia universal de la post-guerra, el contacto de sus hombres representativos, la discusión siquiera académica de los altos intereses de América, han de ser elementos fecundos para dar realidad tangible a la noble y generosa concepción del Libertador.

Si sólo para poner de relieve esta necesidad urgente de una Corte Internacional Americana, que juzgue y oriente los problemas de este Continente, ha de servir el actual Congreso Bolivariano, bien recompensados estarán los sacrificios hechos por nuestro Gobierno y más que satisfechos de su tarea habrán de sentirse los organizadores que, venciendo los obstáculos externos e internos que se oponían y animados tan sólo de prestigiar nuestro país bajo el espíritu protector de Bolívar, han logrado realizarlo.

Es pues, la hora en que todo panameño debe darse cuenta cabal del interesante momento histórico de su país, para que contribuya con las luces de su inteligencia; con los aportes de su voluntad y los dictados de su patriotismo, a presentar nuestros problemas nacionales e internacionales con el decoro y la dignidad inherentes, ante el criterio recto e imparcial de nuestros huéspedes, para que nos juzguen en justicia e influyan en la mentalidad colectiva de sus pueblos a fin de que vean en el nuestro al hermano sacrificado en aras de un principio de civilización no comprendida aún, pero que jamás ha bastardeado del espíritu de sus antepasados, ni cede en honra y dignidad su puesto a los hermanos mayores que le aventajan en sus recursos económicos y se favorecen en sus sacrificios.

Panamá puede tranquila y serenamente aguardar el fallo de quienes compulsen su situación, sus problemas y los esfuerzos cómo procura resolverlos, segura de que la asistirá la justicia. Tal ha ocurrido siempre con quienes han penetrado, sin prejuicios y sin pasiones, en nuestra vida ciudadana para auscultar sus palpitaciones sociales, su sentir y su fé en el destino de nuestro pueblo. El ejemplo más edificante de este aserto lo es sin duda el dado por los sesenta maestros de Costa Rica que nos visitaron en el verano anterior, amplio gesto de honradez y de cultura que hace honor a su pueblo, y que contribuye de modo eficiente en dar al nuestro entre los suyos el lugar que le corresponde en el progreso de esta sección de América.

Las delegaciones al actual Congreso, representantes como son de la superior capacidad de esas naciones, estarán interesadas, acaso más que en los temas de discusión de la Asamblea, en darse una mayor cuenta posible de nuestro país, en todas las diferentes actividades que constituyen la fisonomía cultural de un pueblo y que justifican su razón de ser independiente, es decir, colectividad humana atenta al latir de las ideas, instrumento de civilización, la que no consiste en aplicar sin reparos todas las fórmulas modernas, sino en desarrollar vida propia, examinando con criterio elevado los factores que la determinan y ajustando a la propia colectividad los que impulsen en su evolución progresiva.

A esta elevada y serena observación de los problemas de nuestro pueblo, hemos de contribuir todos los panameños, haciendo así la tarea más fácil y grata, en el convencimiento de que realizamos una labor trascendental para el futuro de nuestro país, mediante el juicio sereno y justo que de él se formarán nuestros huéspedes ilustres, congregados aquí para exaltar con la gloria de Bolívar los nobilísimos destinos de esa América, para la cual quería el héroe que nuestro Istmo fuera como el de Corinto para los griegos.

EL CENTENARIO DE BOLIVAR PACIFISTA Y PANAMA INTERNACIONAL

Dedicado a México en su Delegado Lic. Antonio Médiz Bolio.

Por JOSE PEZET

Tomado de *Acción Comunal*, Panamá,

Si en alguna ocasión se ha manifestado de manera más palmaria la necesidad que experimenta América de una mutua inteligencia a base de un acercamiento internacional del Continente, ha sido esta vez, cuando la evocación del nombre de Bolívar los ha llevado a reunirse en Panamá al amparo de una idea y bajo los auspicios de un espíritu de amor y confraternidad común.

Aquí, al conjuro de la evocación del espíritu cívico del gran Libertador se juntan y se confunden hoy en el pensamiento y en la idea los intereses comunes de América, como se abrazan y se confunden en sus entrañas los jóvenes y empinadas cumbres andinas con las carcomidas cimas de los montes Apalaches; porque el Congreso del 26, en su anhelo de fraternal concordia, no desvinculó del concierto armónico de los pueblos latinos una inteligencia con el pueblo de Washington.

Fueron las rivalidades, fue la envidia los funestos consejos de América el año 26; una errónea ilusión de omnipotencia nacida al calor de cien victorias, hizo ver a los rebeldes recién emancipados el poder incontrastable de Colombia en la persona transitoria de Bolívar. Cayó el Héroe y sueñó el Grande, pero su pensamiento profético y sublime, como garantía de paz y de poder perdura y perdurará en la conciencia americana mientras haya rocas en los Andes, ríos en sus llanuras y pueblos que jamás renuncien al valor de Montezuma, al ímpetu de Caopolicán, al coraje de Atahualpa, a las glorias de Bolívar ni a la sangre redentora de sus mártires.

Pero lo que entonces exigía menos sacrificios, ha aumentado sus dificultades en alarmantes proporciones; ya no cierne sus alas en el cielo del Continente Americano el Cándor de Caracas; ya son sólo remembranzas de la historia el abrazo de O'Higgins y San Martín; ya no se confunden en los campos del Perú chileno y colombiano, ni a Angostura bañan las aguas del Orinoco, del Magdalena y del Guayas.

Hechos ya cumplidos mantienen separadas las naciones latinoamericanas que como fruto de su aislamiento ofrecen todas un espectro de las glorias de su pasado.

En una inconsulta obstinación de estériles rivalidades que sólo abren surco a mayores distanciamientos, rico jugo de mayor debilidad, la América Latina, como el ñandú de sus pampas solitarias, cierra sus ojos ante el peligro y abandona la fuerza donde abunda pujante y fecunda savia.

En este mar de rencores regionales que insisten en sobreponerse a los intereses colectivos de la sangre y de la raza, las naciones pequeñas del continente, abandonadas a la fuerza de su propia debilidad, no han podido sustraerse al peso de influencias extrañas que al conjuro de sus conveniencias hacen de la Justicia un mito y de la Razón un escarnio.

Víctima de esas disensiones ha sido Panamá. Panamá que en virtud de su destino hubo de contraer pesadas obligaciones internacionales con el poder más grande de la tierra, ha sido abandonada a sus propios recursos en los conflictos de la Justicia y de la Razón contra los intereses económicos respaldados por la fuerza y el poder.



Anverso de la Medalla del Congreso.

En sus relaciones con Panamá la América Latina ha cometido una gran injusticia y un grave error que aborda los límites de una maliciosa y cobarde deserción; error trascendental y de crueldad suma porque se ampara en violencias de que hemos sido víctimas, y no en hechos consumados por el pueblo panameño que desdigan de su atávico patrimonio de decoro y dignidad. Porque considerando el estado político de Panamá ante el Derecho Público, su existencia internacional es un hecho; pero es lógico que cuando la interpretación del Tratado del Canal ofrece dificultades a las partes contractuales, Panamá, nación débil e indefensa, sufra las consecuencias del peso del poder aun cuando le asista la razón; y por eso la apatía latino americana en los problemas panameños, peca de negligente al mismo tiempo que de suicida y temeraria.

Los acerbos sacrificios que Panamá se ha visto en la necesidad dolorosa de afrontar, deben ser estimados por la América Latina como valioso contingente aportado a la paz y seguridad de los pueblos del continente y no como exponente de una prematura decadencia espiritual que Panamá jamás ha sentido porque jamás ha degenerado en ella ni el ardor de la rebeldía indígena ni el concepto del honor tan ingénito en su sangre y en su raza.

Para la América Latina, Panamá debería ser un laboratorio de estudio y un campo de batalla inspirado en el pensamiento de Bolívar de armonía y confraternidad continental.

Es que al genio visionario del Libertador no escapó la suerte futura del Istmo cuando lo proclamaba como propio para ser el asiento de la capital del mundo como punto de contacto de las relaciones económicas, políticas y raciales del universo.

Panamá no exige de sus hermanas compartir con ella las consecuencias de obligaciones contraídas por sí sola; ella no exige que frente al poder arrollador del Norte, por su causa, la América Latina exponga la fuerza vigorosa de su vitalidad: lo que pide por espíritu de conservación racial; a lo que América Latina está obligada si bien interpreta el pensamiento de Bolívar, y si es cierto que en su corazón arde inextinguible la llama de la Libertad, es decir al mundo que tras la debilidad de las pequeñas nacionalidades latinoamericanas, está un derecho amparado por el espíritu solidario de la raza.

La estática dinámica racial de América debe tener por centro el Istmo de Panamá como tienen el Canal por eje las relaciones comerciales de los pueblos.

Panamá sólo necesita para que incólume pueda cumplir su glorioso destino, que se le estudie y que se le comprenda; que se le analice y se le pondere en el abrazo fraternal que exige la paz del continente.

Por eso es de esperarse que la presencia aquí de los Delegados de la América Latina, al estudiar mejor el origen de los problemas internacionales de Panamá; al compenetrarse mejor de sus relaciones diplomáticas; al pesar en la balanza de la justicia el valor de los sacrificios consumados; al considerar el espíritu público del pueblo panameño, explicarán a sus gobiernos las causas de actos que nacidos de la violencia, aparecen mancillar nuestro decoro y dirán a sus pueblos que si Panamá cumple los designios a que la Naturaleza pródigamente lo llamara, unida en sus destinos al poder más formidable de la tierra, sus hijos siguen siendo dignos de su sangre y de su raza.

Entone América un cántico a Bolívar que sea himno de amor, de paz y de justicia.

LOS SONETOS DEL CENTENARIO

Por LOLA COLLANTE

Tomado de *Acción Comunal*. Panamá, Junio de 1926.

El poeta rememora las glorias, las proezas, el amor y la amargura que sacudieron el alma inmensa de Bolívar y ante su efigie muda, alza la lira y rompe a cantar así:

A BOLIVAR

La linfa turbulenta que el surco de tu vida
besó para sustento del mirto y el laurel,
desborda en nuestros pechos: abierta está la herida
y en esa herida hay sangre y en esa herida hay hiel.

Bolívar! que los Andes en una sacudida,
pregonen tu grandeza, te sirvan de dosel;
que ruja el mar mil himnos, que el cielo la sentida
voz de mi labio escuche para que pueda él
dar astros a tu efigie gloriosa, darte un lazo
de amor y fortaleza que cifrara tu brazo,
ágil y poderoso de Gran Libertador,
a la tierra do fueron tus huestes hace un siglo,
a compartir agravios, a domar el Vestigio,
a desligar cadenas y a germinar amor!

Y vueltos los ojos hacia la tierra istmeña, que bajo el oro del sol fulje como una joya, entre el abierto estuche de sus mares, canta aun para invitarla a avanzar en homenaje al Héroe:

A PANAMA

Señora de dos mares, agita tus pendones;
avizora el lejano confin como un cristal,
tu majestad escuda con nuestros corazones
y marcha al son beliger del himno nacional.

Marcha, Señora, marcha, que las constelaciones
del cielo americano, como un claro fanal,
alumbrarán tu paso, para que las naciones,
miren que duerme apenas tu coraje triunfal.

Empínate ante el Héroe, que si tú te levantas,
los dos mares enormes que te besan las plantas,
romperán en un himno de victoria y amor.

Juntos irán tus hijos en un estrecho abrazo
detrás de la bandera que le donó a tu brazo,
el brazo poderoso del Gran Libertador.

BOLIVAR, ORADOR PENSADOR Y APOSTOL

Por OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

(Conferencia dictada en el Aula Máxima del Instituto Nacional de Panamá.)

Una verdad profunda y grande y una lección constante de civismo entrañan las palabras de Emerson que están grabadas en el vestíbulo de nuestro Instituto Nacional: "Solo los que construyen sobre ideas construyen para la Eternidad." Efectivamente, todo se desvanece en el tiempo, menos la labor ideológica, el verbo que inspiró o que enseñó un gran sentimiento o una gran verdad. Mientras que de Alejandro Magno no queda más que la memoria fría y vaga de sus conquistas legendarias, de Aristóteles, su maestro perdura la doctrina formidable a donde van a abreviar todos los sabios y todas las sabidurías; y de Homero, el rap-soda vagabundo, sobrevive el espíritu entero, fresco y cálido, como en los días fecundos en que cantó su *Iliada*. El humilde soldado de Juan de Austria, que engendró la novela de todos los siglos, cubre con una sola página de su obra todas las glorias del vencedor de Lepanto. Aníbal, el valiente soldado que cruzó los Alpes e hizo temblar a Roma con su planta, no puede medirse en la eternidad con César, porque éste fué capaz de escribir y justipreciar las hazañas que ejecutó como soldado. Es que, si a la acción del guerrero no precede y no sigue el trabajo creador del pensamiento, el triunfo tiene que ser fugaz y la victoria un hecho aislado, sin raíces, sin significación sin trascendencia.

Bolívar no tendrá quien lo eclipse, porque él mismo supo tejer para sus glorias militares y políticas la red áurea y eterna de sus escritos: porque él supo poner el verbo soberano sobre las amarguras de las derrotas, sobre la embriaguez de los triunfos, sobre el estampido del cañón y el trueno de las batallas libertadoras. Su labor entera, tan prodigiosa y única como es, descansa en la conciencia firme y clara de una idea: la idea de la libertad americana. A fuerza de patriotismo y de genio templó a la vez el acero de su espada y el acero de su pluma, para ponerlos al servicio de su causa. Y su obra viene a ser luego la *Iliada* y la *Odisea* de América: él, el héroe que canta y el héroe que se canta; él, el creador de la acción colosal y el narrador milagroso que enseña a las generaciones futuras cómo se forman patrias de la nada y como se hace una raza libre y grande de un pueblo de esclavos envilecidos. "Bolívar —escribe el historiador chileno Vicuña Mackenna— ha destrozado virreynatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas; ha rehecho el mundo! Quitó su nombre a la América y da a la parte que ha hecho suya el nombre de Colón (Colombia), y más adelante decreta el suyo propio a su última conquista. Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, las tres grandes fronteras que dio la creación al Nuevo Mundo. Pero él las ha suprimido en nombre de la gloria, esta segunda creación de la omnipotencia..." Con razón ha podido afirmar José Martí" que Bolívar recorrió más tierras con la bandera de la libertad que ningún conquistador con las de la tiranía..."

La historia del Libertador es, sin duda una epopeya con todos los caracteres de tal: la grandeza del asunto, la unidad sostenida de la acción, la excelcitud del héroe, el valor de la raza nueva que surge, nada falta en ella. Y sin necesidad de mezclar la leyenda a la realidad, tiene, como la *Iliada*, sus divinidades enemigas, sus estrategias maravillosas, sus ejércitos mandados por semidiosos, sus rasgos sobrenaturales y sublimes. Vedlo ascender, tal un cóndor soberbio, a la cima del monte Aventino y desde allí lanzar al mundo su juramento, el más solemne y el más respetado de cuantos hayan proferido labios humanos; vedlo luego surgir entre

los escombros convulsos del terremoto de Caracas y erguirse altivo para gritar aquella imprecación que es la más sublime seguridad del destino: "Si la naturaleza se opone, lucharemos con ella y la someteremos," viendo desprenderse de los Andes con sólo quinientos hombres, para caer sobre un país ocupado por millares de enemigos y reconquistarlo y libertarlo para siempre; veelo, en fin, en sus cuatrocientos setenta y dos hechos de armas, siempre valiente, siempre dencado, como cuando arrojó el pabellón guerrero en medio de las filas enemigas para luego ir a recuperarlo en una locura de heroísmo, y decidnos si no hay elementos para constituir la más grande epopeya de los siglos.

Esa epopeya de Bolívar, que es la epopeya de la libertad, no se ha formado aún completamente —será obra de varias generaciones como parece haberlo sido la Iliada— porque la esencia de esa epopeya está en las cartas, en las proclamas, en los discursos, en los consejos, en los proyectos y en los informes del Héroe, y la colección de éstos no se ha terminado todavía. Aquí es donde hay que ir a buscar al cóndor de los Andes, al obrero colosal embriagado en la tarea ciclópea de tallar el mármol de la libertad que había de llegar para la salvación de un continente. Sus ideas políticas, su concepto histórico, sus visiones proféticas, la vibración de su genio, están ahí; ahí también el ritmo que regula la obra maestra, la obra eterna del artífice magno, o sea la pasión de la patria grande, unida e indisoluble, por donde peregrinan, a la luz meridiana de la libertad y la justicia, y en marcha por los caminos plácidos de la civilización, las multitudes hermanas de América, hijas de Montezuma, Caupolicán y Manco Capac.

En Bolívar las letras no fueron un fin, sino un medio. Si tomó el procedimiento más natural y tal vez el más eficaz, de expresar las ideas —la carta y la oratoria— fué porque la independencia no pudo contar con el instrumento poderoso del libro o del periodismo. Por lo demás, sabido es que los grandes fundadores de una época nueva, los grandes apóstoles de una causa, no escriben en otra forma, pues a toda hora se ven obligados a mezclar la acción a la palabra. Jesús Nazaret no escribió libros.

La literatura de Bolívar, como la vida, es irregular, pero fecunda; precipitada e impetuosa, pero original. Sobre todo, original. Tal vez esta marcada originalidad provenga en parte de su misma precipitación; y en parte también el calor comunicativo, la virilidad sana, la precisión dórica, el temple heroico y gallardo. Sus cartas y sus discursos, sus famosos mensajes y proyectos de constitución, fueron escritos durante las largas marchas forzadas, a la luz del vivac, entre un combate y otro combate, tras un triunfo o tras una derrota, en la apoteosis o en el destierro. La constitución presentada al Congreso de Angostura y el inimitable discurso que pronunció ante aquella Asamblea, fueron meditados en su caballo de batalla y dictados en las orillas del Orinoco, cuando atracaba la embarcación en que navegaba, o a bordo de ésta desde una hamaca. "Hay hombres —decía él mismo— que necesitan estar solos y bien retirados de todo ruido para poder pensar y meditar; yo reflexionaba y meditaba en medio de la sociedad, de los placeres, del ruido y de las balas. Sí, me hallaba solo en medio de mucha gente, porque me hallaba con mis ideas y sin distracción. Esto es lo mismo que dictar varias cartas a un mismo tiempo, y también he tenido esa originalidad."

Era el estilo de Bolívar uno de esos dones cuyos moldes rompe la naturaleza después de otorgarlos. Brilla por la soltura y rapidez de los movimientos, por la claridad y vigor del fondo y el esplendor oriental de las formas. El no sabe lo que son dificultades y oscuridades, ni las luchas que el pensamiento sostiene para vencerlas. Acaso en ninguno de los escritores de la independencia se encuentren lecciones de verdad y de belleza, de virtud y de libertad, como las que da él mezcla-

das con tanto deleite y encanto ¡Sólo es dado a los genios apoderarse del espíritu de la posteridad como él lo hace! “Tan interesante como la actitud política es, entre los talentos acesorios del Libertador, la facultad de la expresión literaria —dice el Maestro Rodó—. Su nombre en este género de gloria vive principalmente vinculado a la elocuencia ardiente y pomposa de sus proclamas y arengas, las más vibrantes, sin duda, que hayan escuchado en suelo americano ejércitos y multitudes.”

Bolívar transformó radicalmente la oratoria militar y política castellana y fue seguramente, el modelo que imitaron muchos de los generales de la gran revolución americana. A la vaniloquencia del terrorismo y la injuria, a los desarrollos doctrinales pesados y largos, sustituyó la proclama nerviosa y vibrante, el discurso trascendente y alado, como la semilla fecunda que revienta al sol y al aire libre. Unas veces chispas de genio que se transforman en calor y dinamismo, otras torrentes incontenibles de luz que inflaman los corazones, con la sola fuerza de su verbo sacude a todo un continente, enciende las pasiones de todo un pueblo y crea para ese pueblo la gloria de la patria.

Este superhombre que “habla desde el Chimborazo con la eternidad,” que obtiene inerte y desamparado por pura persuasión, que un pirata poderoso y arbitrario le devuelva buques, tesoro y parque que había robado a los patriotas; que domina todas las voluntades con su dialéctica y contesta en un solo día diez y siete arengas, podía también “de un vuelo de frase inmortalizar a un hombre; de un tajo de su pluma hundir a un déspota.” Dejémosle hablar:

“Compatriotas, vosotros me honráis con el título de Libertador. Los Oficiales, los soldados, el ejército, ved ahí los libertadores; ved ahí los que reclaman la gratitud nacional. Vosotros conocéis bien a los autores de vuestra restauración esos valerosos soldados, esos jefes impertérritos: el General Ribas, cuyo valor vivirá siempre en la memoria americana, junto con las jornadas gloriosas de Niquitao y Barquisimeto; el gran Giradot, el joven héroe que hizo aciaga con su pérdida la victoria de Bárbula; el Mayor General Urdaneta, el más constante y sereno oficial del ejército” En Pasco, a doce mil pies sobre el nivel del mar, es Marte que arenga desde el Olimpo a sus ejércitos: “Soldados: vais a completar la obra más grande que el Cielo ha podido encargarse a los hombres: la de salvar a un mundo entero de la esclavitud. Soldados: los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. Soldados: el Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. La burlaréis?” La proclama de Ayacucho tiene vibraciones de sublimidad: “La América del Sur —dice en ella— está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante a Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo.

Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.” Cierta ocasión, en una de las entradas triunfales del Libertador en Caracas, esta su ciudad natal le presentó dos coronas por manos de una hermosa mujer: “Dos coronas me presenta un ángel —fueron sus palabras—. Este es el premio del triunfo y denota poder. En Colombia ha triunfado el pueblo que es el único soberano: téngala, pues, el pueblo (y arrojó la corona al pueblo). Esta otra es de laureles, corresponde al ejército libertador: todos habéis sido soldados del ejército: todos sois libertadores. Esta corona es vuestra” (y la arrojó también al pueblo). De semejante manera correspondió a los obsequios de unos religiosos dominicos de Quito: “Jesús, les dijo, Jesús que fué la luz de la tierra, no quiso dignidades ni coronas en el mundo: él llamaba a los hombres hermanos, les enseñó



la igualdad, les predicó las virtudes civiles más republicanas y les mandó ser libres, porque les amonestó que debían ser perfectos. No hay perfección en la servidumbre ni moral en el letargo de las facultades activas de la humanidad.”

Blanco Fombona, el primer escritor que ha intentado un estudio serio y detenido de nuestro héroe como pensador, como orador, como prosista y como apóstol de las ideas liberales, ha dicho de la manera más gráfica y acertada, que “los discursos y proclamas de Bolívar, lo mismo que sus cartas, fueron armas intelectuales esgrimidas por el prócer en la obra de destrucción y reconstrucción de un continente.” Para el mismo Blanco Fombona “esas palabras guerreras e inflamadas encendieron en los espíritus amodorrados la llama del sacrificio; en los indiferentes, la emulación; en los humildes, el orgullo, y en cien pueblos en abyección, una virtud colectiva y hasta entonces por ellos ignorada: ¡el patriotismo! Es más, esas proclamas, como los discursos, arengas y cartas fueron a menudo, en las tinieblas coloniales, cátedra de derecho, lección de política, plantel del ciudadano. Esos documentos crearon opinión pública, que no había a favor de la independencia, y una conciencia nacional. A Bolívar le tocó desempeñar el papel de los Enciclopedistas, de la Convención y de Bonaparte.”

Dar cuenta de la multiplicidad de los trabajos del gran venezolano sería tarea grata y provechosisima, pero imposible de realizar dentro de este breve espacio. No hay problema de política y sociología, de gobierno y diplomacia, que no haya sido tratado por su pluma genial con una claridad de doctrina y una profundidad de discernimiento que asombran. Las cuestiones que hoy se debaten fueron ya previstas y consideradas por Bolívar y sus razones y punto de vista todavía, después de cien años, vivo y palpitante interés. “Como entendimiento político —observa el autor de Ariel— nadie en la revolución americana le tuvo más grande, más original y creador, aunque no pocos de sus contemporáneos le excedieron en el arte concreto del gobierno y en el sentido de las realidades cercanas.” Profeta de los destinos de su pueblo, él pudo augurar sus grandes sucesos históricos, su evolución íntegra en el futuro, como si llevara en su espíritu la sibila nublada de la sabiduría infusa. Ved, si no, cómo comprendió mejor y antes que nadie la importancia de nuestro Istmo, que él fué el primero también en pretender abrirlo para el abrazo de los dos grandes océanos: “Esta magnífica posición entre los dos mares podrá ser con el tiempo —escribió ya desde 1815— el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio.”

No es posible leer sin cierto temor supersticioso que inspira siempre lo sobrenatural, esta asombrosa profecía que es su carta escrita en Jamaica en 1815, donde puede seguirse, como en un horóscopo que hubiese atado a la realidad, la suerte de cada uno de los pueblos americanos, después de la emancipación. Allí el imperio de Iturbide y Maximiliano, la dictadura de Juárez y al absolutismo de Porfirio Díaz; allí la formación posterior de la Gran Colombia y la anarquía del Perú; allí el caudillaje argentino y la monarquía de Rojas; allí, en fin, la solidez de las instituciones chilenas y la homogeneidad vigorosa de su población. Váis a oír, como muestra, estos últimos vaticinios del magno profeta, a que han obedecido dos pueblos grandes: “En Buenos Aires habrá un gobierno central —habla el Libertador— en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus guerras intestinas y guerras externas. Esta constitución degenerará, necesariamente, en una oligarquía o monarquía con más o menos restricciones”

De Chile dice que "está llamado, por la naturaleza de su situación por las costumbres inocentes de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de Europa y el Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto infeccionado del resto de los hombres, no alterará sus leyes, usos y prácticas, preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas. En una palabra, Chile puede ser libre." Sintetizando Bolívar en esta carta de vidente el cuadro general de la América futura, concluía en la siguiente forma: "De todo lo expuesto podemos deducir estas consecuencias: las provincias americanas se hallan lidiando por emanciparse; al fin obtendrán el suceso: algunas se constituirán de un modo regular en repúblicas federales y centrales; se fundarán monarquías casi inevitablemente en las grandes secciones (la de Méjico) y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos, ya en la actual, ya en las futuras revoluciones. Una gran monarquía no será fácil consolidar; una gran república, imposible. Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo." Ese congreso se instaló, y si no produjo todos los resultados que Bolívar anhelaba, aquí, en este Istmo de Panamá, donde, "si el mundo hubiera de elegir capital, parece el punto indicado para este augusto destino;" en esta tierra que él tanto apreciaba y distinguía, quedó echada la semilla que comienza ahora a germinar en nuestras aspiraciones manifiestas de cordialidad latino americana, y quedó asimismo el germen de los congresos que más tarde se han celebrado en Lima, Washington, Méjico, Buenos Aires, Río Janeiro "para acordar, perfeccionar e interpretar las reglas del derecho internacional americano." Si Bolívar no tuviera todos los títulos formidables que tiene, el de promotor de la confederación americana e iniciador y sostenedor de los principios del arbitraje internacional bastaría para asignarle un puesto elevadísimo en la historia de la humanidad. Pero Bolívar dictó también lecciones de sabiduría política que le dan derecho al título de gran pensador político y gran estadista. "Para formar un gobierno estable —enseña— se requiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. La sangre de nuestro ciudadano es diferente: mezclémosla para unir la; nuestra constitución ha dividido los poderes: enlacémoslos para unirlos. . . . Estos países no pueden progresar en los primeros cien años: es preciso que pasen dos o tres generaciones. Se debe fomentar la inmigración de la gente de Europa y la de América del Norte, para que se establezcan aquí las artes y las ciencias. Con esto, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios europeos y angloamericanos, cambiará el carácter del pueblo y será ilustrado y próspero. Nos faltan mecánicos, agricultores, que son los que el país necesita para adelantar y prosperar." "La continuación de la autoridad en un mismo individuo —pensaba— frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos." En cambio: "La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas." "En el régimen absoluto, el poder

autorizado no admite límites. La voluntad del déspota es la ley suprema, ejecutada arbitrariamente por los subalternos que participan de la presión organizada, en razón de la autoridad de que gozan. Ellos están encargados de las funciones civiles, políticas, militares y religiosas; pero al fin son persas los sátrapas de Persia, son turcos los bajases del gran señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria." Enemigo de la federación como sistema de gobierno para nuestras repúblicas incipientes y desorganizadas, el Libertador había dicho: "No estamos preparados para tal sistema de gobierno. La carne es una magnífico alimento pero no se puede dar a un recién nacido." "Los estados americanos han menester de los cuidados de los gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra."

"Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el estado es débil, cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones se agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio." "Ni nosotros, ni la generación que nos suceda —vaticinaba en 1822— verá el brillo de la América que estamos fundando. Yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; al fin habrá una nueva casta de todas las razas, que producirá la homogeneidad del pueblo."

Mil sentencias, mil aforismos lapidarios podríamos extraer de sus escritos políticos. Vamos a desgranar algunos más, como cuentas de oro: "Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores es preciso observarlos muy de cerca y juzgarlos muy de lejos." "Sin estabilidad, todo principio político se corrompe y termina por desruinarse." "El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas." "Un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción." "La nación será sabia, virtuosa, guerrera, si los principios de su educación son sabios, virtuosos y militares: ella será imbécil, supersticiosa, afeminada y fanática si se le ería en la escuela de estos errores." "Las cuatro planchas de carmesí que llaman trono, cuestan más sangre que lágrimas y dan más inquietudes que reposo." "La demagogia es como la hidra de la fábula: se le corta una cabeza y le nacen ciento."

Bolívar, el más convencido de todos los apóstoles profanos, el más consciente de la trascendencia ulterior de su acción y su propaganda, vació, por decirlo, así, toda la personalidad en su propósito, todo el poder de su genio, todo el vigor de sus facultades, en su obra titánica de redención espiritual y moral de un continente. "Dejemos a los supersticiosos creer que la providencia es la que me ha enviado para redimir a Colombia," pedía con la seguridad y lucidez de un mesías.

En sus cartas, que encierran el poema y la epopeya de su vida y que son el mejor instrumento de esa propaganda apostólica, abundan las parábolas que aclaran la semilla del pensamiento y las imágenes originales y nuevas que dan a menudo el más bello relieve a las ideas. Oíd esta: "Estábamos, como por milagro, sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas, apoyada una de otra, y en una calma que parece verdadera, aunque instantánea: los navegantes han visto muchas veces este original." Venga usted al Chimborazo —pedía en 1824 a su mejor amigo— venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los Titanes, la corona de la Tierra, la almena inexpugnable del universo nuevo." Cada carta del Libertador es un rasgo de generosidad, de nobleza, de sabiduría, de desprendimiento, de valor, de patriotismo: "El título de Libertador —escribe a Páez con motivo de no haber consentido en ceñirse una corona— es el mayor de cuantos ha recibido el orgullo humano. Me es imposible degradarlo." El Perú le ofrece un regalo de cinco millones de francos, que rehusa, como rehusará después



Reverso de la Medalla del Congreso.



sus sueldos y las recompensas que su propio país dispone concederle, y entonces se dirige al Congreso encendido en el más noble de los orgullos: No está éste "bastante satisfecho con toda la confianza que ha depositado en mí y con toda la gloria que me ha dado librando el destino de su patria en mis manos? Por qué quiere confundirme, humillarme con un tesoro que no debo aceptar? Para el Rey Fernando VII decía desde Bogotá en 1821: "Es nuestra grande ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, no abrumada de cadenas." "Quisiera tener una fortuna material que dar a cada colombiano, pero no tengo nada. No tengo más que corazón para amarlos y una espada para defenderlos," exclamaba en la más sincera de las expansiones con un amigo. Y con el General Santa Cruz, aconsejándole el amor y la consagración al servicio de la patria: "Primero el suelo nativo que nada, General; él ha formado con sus elementos nuestro ser: nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país, allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación: los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo: todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos liernos y memorias deliciosas: allí fue el teatro de nuestra infancia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado. ¡Qué títulos más sagrados al amor y a la consagración!

Tiene también el Libertador trozos de la más elevada y genuina poesía, como ese delirio de majestad y de grandeza que él llamó "Mi delirio sobre el Chimborazo;" capítulos de crítica penetrante y fina como el estudio sobre el canto de Olmedo a la victoria de Junín o sobre las historias de Restrepo Lallement y obras de verdadero aliento como el proyecto de constitución presentado en Angostura y la Constitución Boliviana, notables en sayos en que se concilian las doctrinas democráticas, francesas de Montesquieu y Rousseau y el utilitarismo inglés de Bentham. El mensaje presentado al Congreso de Angostura con su proyecto de constitución es maravilloso por la sobriedad del estilo y por el vuelo soberbio del pensamiento, que anticipó los problemas más complejos de legislación, de política y de etnología y encontró para ellos las más adecuadas soluciones. Para juzgar estas obras del apogeo del genio y la fortuna de Bolívar es necesario penetrar el espíritu social de la época, estudiar la psicología y la cultura del pueblo americano de entonces y tener en cuenta las doctrinas constitucionales del gran estadista.

Cuando todo esto se quiera hacer a conciencia y con verdadera imparcialidad histórica, tendrá que surgir recta e inmaculada la figura republicana del Libertador, controvertida por los que tienen interés en detener el rebosamiento invasor de su gloria. Quien supo asegurar ante todo la soberanía del pueblo, la libertad civil y la división de los poderes, quien supo proscribir la esclavitud y los privilegios y proclamar la educación popular como base más firme de la democracia, no puede ser acusado de monárquico. Si llegó a pensar en una presidencia vitalicia, ello—no tememos lanzar este juicio nuestro derivado del estudio detenido de su personalidad—no pudo ser en su mente más que un plan interino, con la idea sagaz y previsoramente de contrarrestar la anarquía y el caudillaje inminentes donde quedaban "aquella impura hez que deja al deseubierto la resaca de las revoluciones; las energías brutales que se adelantan a primer término; los calenturientos delitos que se proponen por ideas; la ambición que pide el precio usurario de su anticipo de valor o audacia, y la exacerbada influencia de la plebe que cede el más legítimo uso del poder en el mismo a quien ha tentado, o tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía." Contra esta tiranía puso Bolívar los poderes independientes, entre los cuales el Poder Electoral es una creación genial suya del más largo y trascendente alcance político. "El primer ciudadano del mundo" el hombre que tuvo en sus manos la varita mágica para dominar y conjurar la cuarta parte del globo y suges-

tícnar y maravillár las otras tres, no consintió jamás en ceñir e una corona y empuñar un cetro, —que muchos generales le ofrecieron y que Europa entera habría bendecido— porque él no era Napoleón ni quería serlo; porque tampoco quería imitar a César y mucho menos a Yturbide, tales ejemplos le parecían indignos de su gloria. Ya lo dijo un hidalgo poeta español en este hermoso soneto a Bolívar:

Basta su nombre solo para evocar grandeza,
nombre de luz, que dice la mas épica hazaña,
y uno con dulces lazos de ínclita fortaleza
la gloria de la América y la gloria de España.

!Raza del sol, saluda cuando a Bolívar nombres!
Un himno le preceda de paz y bendición;
es el héroe más grande que miraron tus hombres
desde los claros días de Cristóbal Colón.

!Es tu símbolo, América! !Es tu culto, tu historia!
Un día luminoso, bajo su misma gloria,
le ofreciste un soberbio trono de Emperador.....

Más alto que aquel corso que murió en cautiverio
Bolívar, alma excelsa desdeñaba el Imperio
por un laurel más puro: ¡el de Libertador!

No formó Bolívar su poderosa individualidad en el estudio disciplinado de las academias: ella es hija directa de la tierra americana y tiene como ésta la grandeza de sus montañas, el fuego de sus volcanes la fecundidad de sus selvas y los raudales incontenibles de sus ríos.

Sólo un humilde maestro, un filósofo soñador, un visionario, puede reclamar para sí el enorme título de genitor intelectual de Simón Bolívar y el honor de haber sido, entre cuantos rodearon al héroe, el único que ejerció acción decisiva sobre su espíritu. Ese extraordinario mortal, que fue además una alta inteligencia y un noble corazón, se llama en la historia Don Simón Rodríguez. "Usted formó mi corazón para la libertad —le reconocía su glorioso discípulo en 1824— para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido al sendero que usted me señaló. No puede figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado: siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, usted ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos; mi alma pintada en el papel; y no habrá dejado de decirse: todo esto es mío! Yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé cuando tierna; ahora robusta, fuerte y fructífera, hé ahí sus frutos; ellos son míos."

Tal para tal: la mejor defensa que nosotros hemos leído de Bolívar es la que trazó la pluma de su homónimo y maestro. También es de éste esta síntesis admirable de la vida de su discípulo: "Simón Bolívar nació en Caracas a fines del siglo 18 y a principios del 19 sacó una gran parte de la América del estado de colonia miserable; le dió muchas ideas suyas; y, de las ajenas, propagó las más propias para hacer pueblos libres, con los elementos de la esclavitud."

Estas ideas ajenas de que habla don Simón Rodríguez, "el primer socialista americano," las bebió Bolívar en los clásicos latinos y en Montesquieu, Rousseau, Holbach, Volney, Spinoza y también en Cervantes. Fue el Quijote uno de los primeros libros que leyó el Libertador, por habérselo prestado don Andrés Bello —otro venezolano que disfrutó de una espantosa inmortalidad— y fue también según se dice, el último que entretuvo sus postreros días de amargo desaliento en la Quinta

de San Pedro Alejandrino. ¿No sería Don Quijote el segundo maestro del Libertador? Ya Unamuno ha tratado de demostrar que Bolívar era de estirpe del Hidalgo Manchego. Tuvo su Dulcinea: Teresa; tuvo su Amadís de Gaula: Napoleón; y por propia confesión, su deber fue "combatir siempre por la libertad y sacar la espada donde quiera que hubo que sacarla en defensa de los oprimidos." Y quién no recuerda aquella orgullosa y sarcástica exclamación, de los más justificada sin embargo, cuando ya estaba casi moribundo: "Los tres más grandes majaderos de la humanidad hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo"?

La admirable vida del Libertador recuerda también en más de un momento —por qué no decirlo?— la suprema entereza del Nazareno, su visión profética, el ardiente apostolado y el temple para caminar resueltamente entre zarzas y obstáculos del camino, el corazón en la mano y los ojos clavados en lo alto. Sus últimas palabras tienen toda la amarga sublimidad del perdón evangélico: "He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo les perdono. . . . Colombianos: mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro."

La figura definitiva del Libertador no es la que nosotros conocemos. Bolívar ha de convertirse, depurados sus errores y completado el juicio de la historia, en el representante simbólico de toda una época, en el prototipo de una gran raza, en el fundador de una nueva civilización, en el modelo más acabado de energía moral, de constancia inquebrantable, de tenacidad en el ideal, de vida fervorosa y apostólica. Vida toda espíritu —para decirlo a lo Lugones— que fué volcán para labrarse cumbre, y luego amasada, comunicar su fuego al mosto valeroso, su vigor al cecreal su índole a la populosa arboleda. Vida ejemplar que muestra cómo la superioridad de espíritu es realmente el máximo valor humano y enseña cómo la hoja de papel animada por la palabra puede transformarse en hoja de acero laborioso y vencedor para ejecutar tiranos, hacer civilización, fundar naciones.

SIMÓN I REY DE LAS AMÉRICAS

Por LAUREANO VALLENILLA LANZ

Conquistada la autoridad suprema a costa de voluntad y de genio; concentrados en sus manos todos los poderes de la naciente República, y siendo ya en la conciencia íntima de los Caudillos, del ejército, del pueblo y aún de sus propios adversarios, el más inteligente, el más ilustrado, el más activo, el más inquebrantable de todos los patriotas comenzando a adquirir fuerza en los cerebros rudimentarios, que eran los más, la convicción del providencialismo del Libertador, nada más natural que surgiera, por un móvil psicológico observado en casi todas las épocas de la historia, el pensamiento de la Monarquía, la sospecha de que una corona céntrica aquellas sienes que encerraban el prodigio del Genio. La limpieza de su origen, su educación y su fortuna, ayudaban las sospechas.

No fué acaso por un proceso semejante como se fundaron los Estados monárquicos en todo el Mundo civilizado?

En Europa por lo menos, desde Rusia hasta Portugal, y desde Noruega a las Dos Sicilias, el Estado es por su origen y su esencia una institución militar, en la

que el heroísmo se ha hecho el campeón del derecho. Aquí y allá, en el caos de razas mezcladas y de sociedades derrumbadas se encuentra siempre un hombre que, por su ascendiente ha agrupado en torno suyo una banda de fieles, ha expulsado a los extranjeros, subyudgado a los bandidos, restablecido la seguridad, fundado la patria y transmitido como una propiedad a sus descendientes su empleo de justiciero hereditario y de general nato (1) ¿No estaba allí demasiado próximo el ejemplo de Napoleón."

Desde 1818 comienza a atribuírsele a Bolívar el propósito de coronarse. (2) Ya fuese que esta presunción surgiese espontáneamente del montón anónimo, en un pueblo que no podía concebir otra grandeza humana superior a la de un rey; o que la forjaran sus enemigos como una calumnia, ninguna prueba más evidente de que su figura se destacaba ya de un modo definitivo por sobre el grupo más selecto de sus compañeros de armas, y se salía de los límites estrechos de la antigua Capitanía General. El 18 de marzo de 1818, días después de la segunda batalla de La Puerta, decía desde Valencia Don Pablo Morillo al Ministro de Guerra: "Bolívar, según aseguran, pretendía al entrar a Caracas lo proclamaran Rey bajo la denominación de Simón I, Rey de las Américas." Con fecha 2 de abril siguiente ratifica la noticia: "El rebelde Simón Bolívar, que se titula Jefe supremo de la República de Venezuela, trataba de proclamarse Rey en la capital de Caracas" (3). Y tal sucedía cuando aún estaban distantes las más altas cumbres sobre las cuales iba a desplegar sus anchas alas el Genio de la América: Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho!

Después de realizadas sus más grandes proezas, cuando su nombre llenaba toda la América y resonaba en Europa como símbolo de heroísmo y libertad, la sospecha de la monarquía debía surgir más poderosa aún y encontrar partidarios fervientes entre los republicanos mismos, que, fatigados por quince años, de borrascas olocráticas y ya sin fe en las finalidades del jacobinismo, solicitaban anhelantes la reconstitución de la sociedad.

El pensamiento de la dictadura, de la autocracia, de la presidencia vitalicia por todos preconizada, en qué se diferenciaba de una monarquía? Las facultades discrecionales que desde 1817 ejerció el Libertador, la han tenido jamás los monarcas constitucionales de Europa?

Pero ese inmenso poder que los moralistas políticos le echan en cara fué acaso la obra de su voluntad?

No existían en América elementos para una Monarquía; el título de Rey se habían encargado de desacreditarlo los últimos Borbones; los principios republicanos eran considerados como la panacea de todas las enfermedades sociales, pero la autocracia, bajo cualquier nombre era entonces en el concepto de muchos hombres prudentes la única forma de Gobierno posible. ¿Y quién otro, viviendo el Libertador, podía ser el Autócrata?

"Los elementos de nuestra República son miserables —decía don Fernando de Peñalver. Un pueblo compuesto de distintas castas y colores acostumbrado al despotismo y a la superstición, sumamente ignorante pobre y lleno al mismo tiem-

(1).—H. Taïfe. "Los Origines de la France Contemporaine. L'ancien Régime".

(2).—Dos años antes. Ducoudray Holstein, describiendo la junta revolucionaria habida en los Cayos de San Luis, dice: "No será inútil recordar aquí que los artículos del Actá fueron redactados de antemano y que el General Bolívar se sentó en un sillón que estaba dos pies más alto que el resto de los asientos. ... Debo confesar que la vista de ese sillón me chocó como a muchos. No era posible mirarle sin pensar en un trono." "Hist. de Bolívar."—T. I. pag. 277

(3).—Biog. del General Morillo.—]J]. Pág. 522 y 525.

po de los vicios del gobierno español, y de los que han nacido en los diez años de revolución, necesitó por mucho tiempo de un conductor virtuoso, cuyo ejemplo le sirva de modelo, particularmente a los que han hecho servicios importantes, y que por esta razón se consideran con derechos que no tienen, ni pueden pertenecer a ninguna persona". (1)

Por su parte el general Páez, que poco tiempo más tarde, habrá de calificar de gran crimen la dictadura del Libertador y de protestar indignado contra el concepto de que "el gobierno de uno solo era el mejor", para justificar EL MOVIMIENTO REACCIONARIO contra el Padre de la Patria encubriéndolo con un alto sentimiento de republicanism, es en aquellos días, de los más enpeñados en proclamar la necesidad de la autocracia de Bolívar sin los estorbos de una Constitución:

"Mucho siento, querido General, que usted piense en dar una nueva Constitución aunque sea provisoria, le decía en 1828. Colombia ve en usted una Constitución viva que asegura todos los gozes sociales. Colombia ha descansado de sus ansiedades desde el momento en que ha visto a usted encargado exclusivamente del mando Supremo, y Colombia, en fin, fatigada de buscar felicidad en las vanas teorías, quiere que el práctico conocimiento que tiene usted, la salve y conduzca al punto que debe colocarse". (2)

Qué faltaba para que el futuro Fundador del Poder Civil proclamara el derecho divino del Libertador? En cuál de los países monárquicos de Europa, a excepción de Rusia, podría inducirse a un hombre a asumir semejantes facultades?

Simón I, Rey de las Américas! Y qué importaba el nombre. El orgullo humano no había recibido nunca título más grande que el de Libertador! Ningún conductor de pueblos, en los tiempos modernos llegó a ejercer poderes más absolutos!

Pero aquellos que culpan al Libertador de haberlos ejercido ampliamente, carecen en absoluto del criterio determinista que debe presidir el estudio de los sucesos y de los hombres. Caudillos muy inferiores a Bolívar, por todos respectos se hallaron investidos de las mismas facultades por obra exclusiva de las circunstancias. "Jamás monarca alguno, es por el momento —dice Mary Graham, refiriéndose a O'Higgins— tan absoluto como un caudillo militar recientemente victorioso, especialmente en la causa de la independencia, —porque dispone a la vez del poder de la opinión y del poder de su espada. Le premier qui fut roi, fut un soldat hereux" (3)

"Los exaltados, los que hacen ostentación de saber mucho —decía el General Rafael Urdaneta— son los que nos enredan con sus teorías, cuando nosotros no necesitamos de recurrir a teorías escritas, teniendo la mano y el talento de Bolívar, para que nos diga lo que debemos hacer. . . . Si la opinión es libre en Colombia, la mía es por el Libertador y yo no sirvo sino a él, no reconozco más gobierno que él, ni quiero a Colombia sin él. (4)

Libertador o Rey, cuestión de nombre! En el hecho y nunca por su sola voluntad fué un autócrata. Pero nadie puede acusarlo de haber pensado jamás en ceñirse una corona.

(1).—Memorias de O'Leary.—T. VIII. Correspondencia de Peñalver.

(2).—Memorias de O'Leary.—T. II. Correspondencia del General Páez.

(3).—Mary Graham.—Diario etc., p. 75. Editorial América. Madrid.

(4).—Memorias de O'Leary.—T. VI. Correspondencia del General Urdaneta.

CUBA Y EL CONGRESO DE PANAMA

Por JOSE G. ACUÑA

Tomado del *Diario de la Marina*, Habana.

El 22 de Junio actual hizo justamente un siglo desde la clausura del Congreso de Panamá, ideado por Bolívar y convocado por la Gran Colombia. No fué, en rigor, un Congreso Panamericano, pues se invitó a dos naciones europeas, Inglaterra y Holanda por su calidad de potencias coloniales con extensos dominios en América, y por sus servicios a la causa americana en la guerra de independencia de las colonias españolas contra la Metrópoli.

Al recibir la invitación que por separado le enviaron Colombia y México, el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Henry Clay, se dió inmediata cuenta de la importancia y trascendencia de aquella reunión de plenipotenciarios americanos, representantes de los diversos Estados que acababan de independizarse de España y formó el plan de dirigir espiritualmente la Asamblea, en la que los Estados Unidos debían llevar la batuta. Para ello procuró inducir al Presidente John Quincy Adams a proceder con la mayor actividad al nombramiento de los dos delegados que habían de representar a los Estados Unidos en el Primer Congreso internacional que iba a celebrarse en América. El Presidente Adams, que había sido Secretario de Estado del Presidente Monroe y el principal artífice de la famosa Doctrina de este nombre, y a cuya labor diplomática deben los Estados Unidos la adquisición de la Florida, no participaba de los entusiasmos de su antiguo rival en política y a la sazón su primer consejero, no obstante describirle éste, con los más vivos colores, su plan de una Liga de pueblos americanos bajo la hegemonía de los Estados Unidos. Con razón puede afirmarse, por esto, que la primera idea de un Congreso pan-americano se forjó en la mente de Henry Clay, quien por esta causa puede llamarse el "primer panamericanista."

Pero Henry Clay no contaba con Bolívar, ni era hombre capaz de penetrar ni conjeturar las luminosas y proféticas concepciones del genial caudillo venezolano. Bolívar, romántico y soñador, enamorado de los modelos helénicos, inspirándose en las doctrinas democráticas atenienses que eran, precisamente, las mismas que guiaron el pensamiento de los fundadores de la Gran Federación norteamericana, ansiaba resucitar, plasmada en nuevos moldes y con materiales genuinamente americanos, la gloriosa Liga Aquea, y hacer de Panamá el nuevo Corinto de la solidaridad y fraternidad. De haberse logrado el pensamiento de Bolívar, el eje de la política continental americana se hubiera desplazado considerablemente, y no hubiera correspondido la hegemonía del continente descubierta por Colón y colonizado por España a los descendientes de los "Pilgrims Father", sino a los hijos de los descubridores; no a los viajeros del "Mayflower", sino a los de la nao "Santa María".

Quincy Adams sabía esto; sabía sin duda cuáles eran los propósitos de Bolívar, y por eso, a los insistentes requerimientos de Henry Clay oponía una calculada lentitud en decidir. Pero aunque así no fuera, aunque compartiese con su Secretario de Estado la ignorancia de éste sobre los designios y ambiciones de Bolívar, había otra circunstancia que pesaba poderosamente en el ánimo del verdadero autor de la Doctrina de Monroe y que le obligaba a la cautela. Esta circunstancia derivaba justamente de la misma Doctrina y de la interpretación que de ella diera, con el más solemne carácter de autenticidad, el propio Adams desde la Secretaría de Estado, bajo la presidencia de Monroe. La Doctrina que lleva el nombre de este

Presidente, después de negar a Europa el derecho a intervenir en los asuntos de América y declarar cerrado el período de colonización, diciendo que América estaba ya "establecida" y por lo tanto al abrigo de todo intento colonizador por una potencia "no americana", afirmaba rotundamente que las colonias que todavía conservaban en América los países europeos serían reconocidas y respetadas por los Estados Unidos. Había un compromiso de "no intervención" que el propio Adams suscribiera a requerimientos de la Cancillería francesa. Y por primera vez se planteaba, en la historia, el caso de Cuba. Bolívar, que no creía en la eficacia de la Doctrina de Monroe, considerándola a lo sumo como una platónica protesta diplomática contra las ambiciones de la Santa Alianza, perseguía la constitución de una poderosa Liga Americana, capaz de resistir a España y a las demás potencias europeas que pretendiesen destruir la obra de la Revolución americana. Esta obra juzgábala Bolívar incompleta mientras Cuba y Puerto Rico continuaran bajo la soberanía española. Según la frase de un escritor eclobiano, Cuba estaba de moda. Los veteranos de Carabobo, de Junín y de Ayacucho ardían en deseos de correr a libertar a sus hermanos de Cuba, donde la famosa Sociedad secreta los "Soles de Bolívar" venía laborando activamente de acuerdo con los agentes del Libertador. Podía ignorar esto el Presidente Adams? Podían serle desconocidos los aprestos militares y navales que venía realizando Bolívar para emprender la invasión de Cuba e independizarla de la soberanía de España?

Los peligros que un éxito de esta magnitud y trascendencia, logrado por Bolívar, encerraba para los Estados Unidos, eran bien notorios. La Secretaría de Estado norteamericana cambió súbitamente de táctica. Había que conservar a la Isla de Cuba bajo la soberanía española, porque la Gran Colombia constituía ya una seria amenaza en el horizonte americano.

Por eso, el mensaje de Adams al Senado, proponiendo la aprobación del nombramiento de los delegados norteamericanos para el Congreso de Panamá, declaraba que la misión de éstos se limitaba a manifestar su amistoso interés por la prosperidad de las nuevas repúblicas, darles prudentes consejos, promover la reciprocidad comercial, conseguir del Congreso panameño una definición satisfactoria de los términos jurídicos "bloqueo" y "derechos de los neutrales" y, finalmente, estimular la libertad religiosa. El Senado norteamericano recibió con marcada hostilidad la propuesta presidencial. Unos senadores expusieron el temor de que con ello se arrastraba a los Estados Unidos acaso a compromisos o alianzas inaceptables y peligrosas; otros atacaron al Presidente diciéndole que al formular la Doctrina de Monroe, había adquirido el absurdo compromiso de ayudar con hombres y armas a las repúblicas hispano-americanas si fueran atacadas por las potencias europeas que hubiesen hecho causa común con España; y algunos hubo, representantes de Estados esclavistas del Sur, que declararon no tener nada que ver los Estados Unidos con las repúblicas hispano-americanas, ya que se proponían hacer independientes a Cuba y Puerto Rico y dar libertad a los esclavos en estas islas. Por fin, al cabo de diez semanas de prolijas discusiones, el Senado aprobó los nombramientos.

En la Cámara de Representantes hubo un nuevo atasco, costando no poco trabajo conseguir que se votaran los créditos necesarios para que los delegados se pusieran en viaje. Se embarcaron al fin, pero uno de ellos, Richard C. Anderson, al llegar a Cartagena de Indias, rindió el último suspiro el 24 de Julio, un mes después de haberse votado y firmado en Panamá las conclusiones y acuerdos del Congreso. El otro delegado, John Sergeant llegó a la capital del Istmo cuando no quedaba allí ni una sola de las personas que habían formado parte de la Asamblea.

El acta final del Congreso de Panamá, suscrita en 22 de Junio de 1826 por los delegados de Colombia, México, Guatemala y Perú, comprende el "Tratado de unión, liga y confederación perpetua" entre las potencias signatarias, y señalaron como lugar de la próxima reunión la ciudad de Tacubaya, próxima a la capital de México.

Los Gobiernos de Guatemala, México y Perú se negaron a ratificar el tratado. Chile y Brasil se contentaron con enviar sendos mensajes de adhesión al Congreso. La Argentina ni siquiera se hizo representar. El sueño de Bolívar se desvaneció para siempre, y Cuba continuó siendo española con el mayor contentamiento y beneplácito de los Estados Unidos. El espíritu de Monroc había vencido a la generosa fantasía de Bolívar.

ES BIEN JUZGADO POR UN CRONISTA DE LIMA, EL CONGRESO BOLIVARIANO REUNIDO EN ESTA CIU- DAD EN JUNIO

Publicase en "La Crónica" de esa Capital, una entrevista con el
Presidente de ese Congreso y Secretario de Instrucción
Pública, Doctor Octavio Méndez Pereira.

Por R. V. G.

Tomado de *La Crónica*, Lima, 20 de Julio de 1926.

"El éxito del Congreso Bolivariano es seguro, por sólo el impulso americanista que lo ha caracterizado".

"El Perú ha ganado nuevos títulos a nuestra vieja devoción".

"Un país que, en tan corto tiempo, se ha mostrado capaz de levantar sus escuelas al grado de florecimiento que tienen las nuestras, no puede ser tildado, con justicia, de retrogrado".

(Entrevista hecha para "La Crónica" por nuestro enviado especial a las fiestas de Panamá).

El mismo día de nuestro arribo a Panamá, tuvimos el placer de estrechar la mano al doctor Octavio Méndez Pereira, Ministro de Instrucción Pública, eminente maestro, uno de los principales propulsores de la cultura del país hermano, desde la cátedra y el libro y de sus más altos e ilustres hombres de pensamiento. No es menester que hagamos, ahora, la biografía ni el elogio del doctor Méndez Pereira. En el Perú se le conoce, se le quiere y se le admira, desde hace mucho tiempo.

Aun se recuerda, con afecto, su primera visita a Lima, cuando formara parte del Congreso Internacional de Estudiantes reunido en nuestra capital en 1912. Entre la pléyade escogida de espíritus representativos de las juventudes de América que constituyera esa inolvidable asamblea universitaria, destacóse el presidente de la delegación panameña como uno de los más brillantes y mejor preparados. Sus discursos, preñados de pensamientos y animados de líricos idealismos, revelaron al gran orador y al ilustre dirigente de hoy. Y recientemente, con ocasión del Centenario de Ayacucho visitáranos por segunda vez, en su carácter de Ministro de Instrucción Pública de su patria, como Delegado al Tercer Congreso Científico Panamericano. Su actuación en este Congreso se liga espiritualmente con la que tuviera en el Congreso Estudiantil por la experiencia y acendradas por la doble cultura de los libros y de la vida, se cristalizaron en proyectos de eficacia y de trascendencia efectivas noblemente inspirados en sentimiento de sincero americanismo.

Amigo del Perú, ligado a nuestro país por fuertes vínculos espirituales, quiso ser de los primeros en dar la bienvenida gentil de Panamá a nuestro Embajador y acompañarlo hasta su residencia. Y no olvidaremos las palabras plenas de afecto y de simpatía, con que evocara entonces, su doble visita a Lima y las sólidas amistades que en nuestra ciudad dejara.

Al requerirle una entrevista para "La Crónica", el doctor Méndez Pereira accedió con su característica amabilidad, y días después acudimos presurosos a la cita.

En la planta alta del amplio y hermoso edificio que ocupa el Correo se hallan instaladas las oficinas del ministerio de Instrucción Pública de Panamá. No nos fué difícil, en lo absoluto, llegar hasta ellas. Como ya lo habíamos observado en el Palacio Presidencial, en Panamá es completamente libre el acceso hasta los hombres dirigentes. Y los periodistas pueden estar seguros de obtener la más afectuosa de las acogidas.

Apenas unos minutos de espera en una pequeña antesala, sobriamente amueblada, y éramos conducidos al despacho del Ministro de Instrucción.

Sencillamente vestido con un blanco traje veraniego, el doctor Méndez Pereira se hallaba sentado ante su escritorio repleto de libros y papeles, e interrumpió su trabajo para recibirnos.

—Pueden ustedes preguntarnos lo que quieran, nos dice, sonriendo amablemente.

—Doctor, aunque hemos tenido la satisfacción de asistir a las sesiones del Congreso Bolivariano y escuchar en ellas su magistral discurso inaugural y las elocuentes frases con que procedió usted a clausurar las labores de esa Asamblea, deseáramos que nos expresara para "La Crónica" de Lima, lo que usted piensa respecto a su espíritu y a su trascendencia.

—Como tuve ocasión de manifestarlo en los discursos a que ustedes han hecho referencia, el Congreso Bolivariano ha tenido sólo el carácter de conmemorativo del que el genio de Bolívar ideara y convocara en 1826 en esta misma sede, para discutir sus magnos proyectos de concordia continental. No habíamos, pues, de hacernos ilusiones respecto a sus resultados prácticos inmediatamente. Sin embargo, las ideas que en su seno se han lanzado han de ser semillas que más tarde fructificarán, seguramente. Pero bastan para que Panamá se sienta satisfecha de haber convocado esta Asamblea panamericana el noble espíritu de solidaridad que lo ha inspirado, el ambiente cordial en que se han desarrollado sus labores y las fuertes vinculaciones que ha creado entre sus miembros. Los hombres que acaban de tomar asiento en este Congreso y que de manera tan íntima y tan leal se han tratado y

conocido, han de actuar mañana, en sus respectivos países, de acuerdo con las ideas que aquí se han propiciado y han de laborar porque las relaciones de nuestros pueblos se rijan siempre por el mismo espíritu de cooperación y armonía que ha guiado las deliberaciones del Congreso Bolivariano. Su éxito definitivo es, pues, seguro por sólo el impulso moral americanista que lo ha caracterizado.

—Cuándo considera usted, doctor, que podrá funcionar la Universidad Bolivariana?

—Abrigo la más firme convicción de que este proyecto, que tuvo la honra de propiciar en el seno del Tercer Congreso Científico Panamericano reunido en Lima, con ocasión del Centenario de Ayacucho, ha de hacerse realidad muy pronto. Como ustedes saben, actualmente se construye el edificio del Instituto de Medicina Tropical que formará parte de ese gran organismo cultural panamericano, destinado a forjar el espíritu intercontinental, bajo la égida sacra del Genio tutelar de nuestra libertad. Dentro de pocos meses comenzará a construirse el edificio central de la Universidad para el cual ha sido señalado ya el terreno apropiado, muy cerca de nuestro actual Instituto Nacional.

—Además del Perú, doctor, se cuenta con ofrecimiento de cooperación de algún otro país de América?

—El Perú ha sido el primero en responder, haciendo honor a su tradición de americanismo y a su característico despredimiento, a nuestra demanda de apoyo, en forma extraordinariamente espléndida. Por este nuevo rasgo generoso ha ganado nuevos títulos a nuestra vieja devoción. Después del Perú, ha sido Venezuela, la noble patria del Libertador, el país que ha acudido más prestamente al reclamo panameño. El Gobierno del General Gómez ha ofrecido, recientemente, costear el edificio de la Facultad de Derecho de la futura Universidad Bolivariana.

—Con la creación de la Universidad Bolivariana desaparecerán las actuales escuelas especiales dependientes del Instituto Nacional?

Las actuales escuelas nacionales de Derecho y Ciencias Políticas, de Farmacia y Agrimensura y los cursos libres superiores de Matemáticas y Castellano se fusionarán con la nueva Universidad. El Instituto Nacional quedará reducido a procurar la enseñanza secundaria, y en este orden tiene una alta finalidad que cumplir. Son intensos y fecundos los servicios que a la obra educativa del país ha prestado, hasta ahora, ese Instituto desde su fundación en 1909 hasta la época presente. En su seno se ha formado la actual generación panameña noblemente inspirada en altos ideales patrióticos y en este sentido ha contribuido a intensificar el espíritu nacional.

—Cuál será el espíritu que informará la nueva Universidad?

—Como ya he tenido ocasión de manifestarlo, nuestra Universidad se formará sobre una base moderna libre de la influencia de viejos e inútiles prejuicios tradicionales y tiene que inspirarse en un criterio liberal y amplio de la cultura. Estudios de Medicina, Derecho, Comercio Superior, Agronomía, Ingeniería, cursos libres culturales de idiomas, Historia, Literatura, Filosofía, Matemáticas, Periodismo, Educación, constituirán la Universidad Bolivariana.

—Completamente indispensable de la Universidad, serán el Instituto de Medicina Tropical, que se dedicará a la memoria de Gorgas, un centro editor internacional, una oficina central de canjes de publicaciones. Todas estas ideas que expuse al fundamentar el proyecto de la Universidad Bolivariana en el Tercer Congreso Científico Panamericano han de verse realizadas al construirse este organismo continental cuya trascendencia es fácil de colegir.

—Está usted satisfecho de su labor en el portafolio de Instrucción y del estado actual de este ramo?

—Aunque lo que llevo realizado con la aprobación y la simpatía del Presidente de la República es aún poco de lo que yo anhelo en bien de mi patria, creo que —sin considerar perfecta nuestra organización educativa— constituye un índice apreciable de progreso y de mejoramiento. Nosotros hemos organizado nuestra Instrucción Pública gradual y científicamente. Sólo después de difundir la escuela primaria y de establecerla sobre bases científicas, emprendimos la organización de los otros grados de la escuela.

Pero nos falta mucho por hacer y actualmente laboramos, entusiastamente, y tendemos hacia la creación de fondos suficientes y rentas especiales para la Instrucción Pública, la descentralización prudente del ramo, el aumento del Presupuesto escolar, mejoramiento de sueldo, desarrollo e intensificación de las construcciones escolares, en fin, de todo lo que constituye la base de la organización escolar perfecta y nuestro anhelo es el lograr que la escuela se ponga en armonía con la vida dando a la enseñanza una orientación eminentemente práctica, provocando el resurgimiento de las fuerzas morales de la nación y el de la familia, por la preparación adecuada de la mujer. Actualmente tratamos de difundir la escuela rural y la educación de la población indígena. El número actual de nuestros escolares pasa de 50.000. Contamos con maestros entusiastas y aptos, que se esfuerzan por rendir el máximo de sus energías en provecho de la obra educativa. Por eso, como decía en mi memoria del año de 1924, puedo afirmarles a ustedes que “un país que, en tan corto tiempo se ha mostrado capaz de levantar las escuelas al grado de florecimiento que tienen las nuestras no puede ser tildado, con justicia, de retrógrado”.

La irrupción al despacho ministerial de varios empleados portando documentos para el estudio y la firma del laborioso e ilustre funcionario, dió término a esta entrevista.

EL CENTENARIO DEL CONGRESO BOLIVARIANO

EL CONGRESO DE PANAMA EN 1826.

Por GUILLERMO COLUNJE

Tomado del libro *“En el Centenario del Congreso de Bolívar”*

En la llamada “Sala Capitular” del antiguo convento de San Francisco, edificio que, muy modernizado, ocupan hoy los Hermanos Cristianos con su Colegio de La Salle, en la ciudad de Panamá, a las once de la mañana del 22 de Junio de 1826, se reunieron por primera vez los Plenipotenciarios de los gobiernos de Colombia, Perú, Centro América y los Estados Unidos Mexicanos, que habían sido convocados por el primero de ellos, a instancias del Libertador Bolívar, para un Congreso del cual debería surgir un Pacto de Unión, Liga y Confederación Perpetuas, mediante el cual se consolidarían la libertad e independencia alcanzados recientemente por esos pueblos, tras cruenta y prolongada lucha.

Es de advertirse que por aquella época se comprendía con el nombre de Colombia a los pueblos y territorios de Venezuela, Ecuador y Nueva Granada, que se hallaban confederados a éste último, que al desbaratarse poco después la confederación tomó el nombre genérico de los tres, formaba parte Panamá. Y cosa semejante ocurría con Centro América, región del continente que se dividió luego en las cinco Repúblicas que hoy conocemos.

La nómina de los mencionados Plenipotenciarios era como sigue: Por Colombia, don Pedro Gual, Ministro de Estado y de Relaciones Exteriores; el Brigadier General don Pedro Briceño Méndez, de los ejércitos libertadores de Venezuela y Cundinamarca.

Por el Perú, don Manuel Lorenzo Vidaurre, Presidente de la Corte Suprema de Justicia y Gran Cruz de la Orden de Beneméritos de su Patria; don Samuel Pérez de Tudela, Fiscal de la referida Corte.

Por México, don José de Michelena, Brigadier General; don José Domínguez, Regente del Tribunal de Justicia de Guanajuato.

Por Centro América, el Presidente don Antonio Larrazábal, Canónigo Plenipotenciario de la Catedral de Guatemala; don Pedro Molina, diplomático y abogado notable.

Al día siguiente se presentaron en calidad de observadores y oyentes, debidamente acreditados por sus respectivos gobiernos, don Edward James Dawkins, Comisionado de Su Majestad Británica, y el Coronel Carlos Van Vervier, Ministro de Holanda.

Bolívar había concebido años antes la idea de semejante Congreso; el pensamiento mental del Libertador fué siempre la unificación de la América de habla española. Ya en 1815, a raíz de las primeras derrotas que infligió a los ejércitos realistas en Venezuela, expresaba en cartas diversas el deseo de que el Istmo de Panamá llegase a ser para los americanos lo que fué Corinto para los griegos; y en 1815, al responder a don Martín Pueyrredón, Director del Gobierno de Buenos Aires, la carta de felicitación que éste le hubo enviado por sus triunfos, le hablaba de "un pacto americano que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al Mundo con el aspecto de magestad y de grandeza sin ejemplo"

Pero fué sólo el 7 de Diciembre de 1824, horas después de llegar a Lima que le aclamaba como salvador, cuando dirigió una circular a todos los gobiernos de las Repúblicas de América, son el fin de que cristalizase definitivamente su proyecto. Ya antes, en 1821, después de constituir la Gran Colombia y siendo Presidente titular de la República, hizo enviar por el Vice-presidente Santander a don Joaquín Mosquera como Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos del Perú, Chile y Buenos Aires, y a don Miguel Santa María con el mismo carácter ante los de México y Centro América, con el fin de pactar con aquellos países tratados de alianza y amistad, y de arrancarles la promesa de enviar, a su debido tiempo, los respectivos representantes que deberían integrar la Asamblea de Plenipotenciarios de la Confederación de los Estados Americanos, que había de reunirse en Panamá.

El señor Mosquera obtuvo en Lima éxito completo en su misión, pues el 6 de Julio de 1822 se firmó en aquella ciudad un documento que satisfacía plenamente el objeto de sus gestiones. Pasó a Chile y consiguió igual suceso. Pero no le ocurrió lo mismo en Buenos Aires, cuyo gobierno miró con desconfianza el proyecto de Bolívar, atribuyéndole propósitos de hegemonía continental en favor de Colombia; solo obtuvo allí un pacto de amistad en el que no se hacía ni la más remota alusión al futuro Congreso de Panamá.

El señor Santamaría fué mucho más feliz, pues los Gobiernos de México y Guatemala acogieron con valor y entusiasmo la idea del Congreso. La Circular de Lima, pues, no era sino el llamamiento a cumplir los pactos pendientes.

El Gobierno de Chile, a pesar de su compromiso y de la buena voluntad con que lo había contraído, no pudo cumplirlo, porque el país estaba por aquel entonces en un estado de anarquía casi completa, y los dirigentes se ocupaban en organizar ante todo un Gobierno estable; y en nota del Ministro de Relaciones Exteriores, señor Blanco Escalada, a los Plenipotenciarios Colombianos, se da como disculpa de esta omisión la falta de autorización del Cuerpo Legislativo para un paso de tal trascendencia.

Al célebre estadista panameño don José María Hurtado, Ministro de Colombia en Londres por esa época, se le comisionó para que invitase, por conducto del respectivo representante diplomático en aquella misma ciudad, al gobierno del Brasil, que era entonces un Imperio de reciente fundación, bajo el ceiro de don Pedro I. La invitación fué aceptada, según nota del Caballero de Gamero, de fecha 30 de Octubre de 1825, pero la promesa jamás fué cumplida.

Parece que estos pasos y preparativos despertaron en Europa las sospechas de que un formidable movimiento antimonárquico mundial pudiera ser el fin perseguido por el Congreso de Panamá, y de allí que el propio señor Hurtado, en vista de las claras manifestaciones que había hecho el señor Canning, Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, fuese autorizado para invitar al gobierno de aquel país a enviar también su representación a la magna asamblea; y esto explica la presencia del señor Dawkins en las sesiones del Congreso. El gobierno de Holanda, que entonces era una de las grandes potencias, aunque no fué invitado como el de Inglaterra, dió los pasos para que un representante suyo presenciase las conferencias, pues probablemente se veía asaltado por los mismos temores. Y ya hemos visto que en la "Sala Capitular" concurrió también el Coronel Vervier. A instancias del General Santander, el Libertador estuvo conforme en que la invitación para el Congreso se hiciera extensiva a los Estados Unidos del Norte, a cuyo fin se dirigió con fecha 7 de Octubre de 1824 una nota a don José María Salazar, Plenipotenciario de Colombia en Washington. El Presidente Monroe acogió bien la invitación y pidió la consiguiente autorización al Congreso; allí encontró una tenaz oposición por parte del señor James Polk, quien más tarde debía ser Presidente de la Union, y por esa causa fue ya bastante tarde cuando nombraron a los señores Richard C. Anderson y John Sergeant delegados. El señor Anderson, Ministro Norte-americano en Bogotá, recibió la autorización para asistir al Congreso y se puso en camino con la esperanza de llegar a Panamá, siquiera en las postrimerías de la Asamblea, pero la muerte le sorprendió a su paso por Cartagena. El señor Sergeant no llegó a salir de E. U.

Los Plenipotenciarios que concurrieron al Congreso celebraron un total de diez conferencias o sesiones formales, del 22 de Junio al 15 de Julio y otras muchas informales, para comunicarse ideas, formular planes y proyectos, hasta modelar el tratado que se aprobó en la última fecha citada, junto con una convención adicional.

El tratado se compone de 31 artículos. En los marcados con los números 2 y 3 estan condensados los fines que por medio de él se perseguían. Los demás son detalles de aplicación. Dicen así los dos pertinentes a esta breve reseña.

Artículo 2º.—El objeto de este pacto perpetuo será sostener en común, defensiva y ofensivamente, si fuere necesario, la soberanía e independencia de todas y cada una de las potencias confederadas de América, contra toda dominación extranjera, y asegurarse desde ahora, para siempre, los goces de una paz inaltera-

ble y promover al afecto la mejor armonía y buena inteligencia, así entre sus pueblos, ciudadanos o súbditos respectivamente, como con las demás potencias con quienes deban mantener o entrar en relación amistosas.

Artículo 3º.—Las partes contratantes se obligan y comprometen a defenderse mutuamente de todo ataque que ponga en peligro su existencia política, y a emplear contra los enemigos de la independencia de todas o algunas de ellas todo su influjo, recursos y fuerzas marítimas y terrestres, según los contingentes con que cada una esté obligada”.

Por medio del artículo 23, los confederados convienen en que los ciudadanos de cualquiera de esos países que vaya a residir en otro de ellos, gozará por ese solo hecho, de todos los derechos y prerrogativas de los nativos, a excepción del de la elección a la Primera Magistratura.

El artículo 28 estipula que el Tratado “no interrumpe ni interrumpirá en modo alguno el ejercicio de la soberanía de cada una de ellas”.

Otro artículo obligaba a las naciones confederadas a perseguir y extirpar en todo el mundo el tráfico de esclavos.

La convención adicional se compone de veinticuatro artículos. Se refiere solo a los contingentes militares que cada una debe aportar, por mar o tierra, y las modalidades de envío y sostenimiento. El artículo 1º merece ser transcrito íntegramente; dice así:

Las partes contratantes se obligan y comprometen a levantar y mantener en pie efectivo y completo de guerra, un ejército de sesenta mil hombre de infantería y caballería en esta proporción. La República de Colombia, quince mil doscientos cincuenta;

La de Centro América seis mil setecientos cincuenta;

La del Perú, cinco mil doscientos cincuenta;

Y los Estados Unidos Mexicanos, treinta y dos mil setecientos cincuenta.

La décima parte de esos contingentes será de caballería.

Por medio del artículo 10, las partes se comprometen a mantener una gran fuerza naval competente, “cuyo costo calculan en siete millones y setecientos mil pesos fuertes”, distribuidos así, por cuotas:

Colombia	2,205.714
Centro América	955.811
México	4,558.476

Esto en cuanto a la flota del Atlántico, que debía componerse de tres navios de 60 a 80 cañones; 10 fragatas de 44 a 64; 3 corbetas de 24 a 34; 6 bergantines de 20 a 24, y una goleta de 10 a 12, distribuidos convenientemente entre los tres aliados antedichos. En cuanto a la defensa del Pacífico, el Perú asumía del todo la obligación, comprometiéndose a equipar y mantener dos cruceros, uno viajando desde el puerto más meridional de dicho país hasta Panamá, y otro de aquí al puerto más septentrional de México; y además una fragata, un bergantín y una goleta. Todas esas cifras se basaban proporcionalmente sobre la población de cada país.

En el tratado principal se convenía también, y es este uno de los más hermosos ideales de bien entendido panamericanismo que allí se sustentaron, que en caso de desacuerdos o desavenencias entre las potencias confederadas, “éstas deberían